

863
2.

PQ6607

.I3

M5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

Miguel despertó, estirando los brazos a todo el ancho de la cama y guiñando los ojos para huir el choque de la luz mañanera que tornasolaba los visillos del mal entornado balcón.

Tenía la lengua áspera y la saliva pegajosa. El olor a violeta y a carne de mujer bien lavada que exhalaban sábanas y almohadones trajo a la memoria del artista la del lecho donde yacía y la del espléndido «menú» con que agasajara Rosario a media docena de amigos para ce-

lebrar, en íntimo banquete, la primera medalla que el Jurado—acorde esta vez con la crítica y con el público—había conferido a Miguel Pérez de Cienfuegos.

PÉREZ DE CIENFUEGOS: Así firmaba el escultor, sustituyendo la conjunción «y», enlazadora de sus dos apellidos, con la partícula «de», que los transformaba en uno sólo, de rancio sabor y eufónica sonoridad.

Para no mentir, más al rancio sabor que a la sonoridad eufónica debióse la mudanza. El gran escultor, hijo de plebeyos, se avergonzaba por no haber nacido hijo de nobles.

—¡Qué bien haría mi firma en bronces y mármoles—pensaba y aun exclamaba algunas veces—si la cimease una corona!

—Pon la de laurel que te has ganado con los puños—contestaba Rosario.

—Fuera un colmo de orgullo.

—Y lo otro fuera el colmo de la ridiculez.

La discusión solía acabar en disputa, cuando no en riña tumultuosa. Se firmaban pronto las paces. Un beso de Rosarito suscribía el tratado. No era posible el enfado en Miguel tras sentir encima de su boca el roce de aquellos labios, húmedos y fragantes como los capullos de las rosas tempranas.

—¡Anda, perezoso!—gritó desde el cuarto de baño una voz femenina—. Han dado las diez y tienes almuerzo oficial con los señores del Jurado y con el ministro.

—¡Voy! ¡Ahora mismo voy!—repuso Miguel, bostezando las sílabas.

Se incorporó sobre los almohadones; pero no lo hizo para echarse fuera de la cama, sino para alcanzar de la mesa de noche un cigarro y una caja de fósforos. Encendió aquél, y dejándose resbalar por entre las sábanas, comenzó a seguir, con los ojos semientornados, las gasas azules que el humo dibujaba en la atmósfera.

Rosario canturreaba dentro, acompañada por el cristalino rumor de las aguas que el vaivén de su cuerpo hacían chocar contra las paredes de la bañera:

Macetita de albahaca,
la más bonita,
la que riego yo todas

las mañanitas,
dile a mi amante
que, si él me desampara,
no hay quien me ampare.

Así cantaba Rosarito con su voz grave y apasionada de contralto.

Los ecos de esta voz y las palabras de aquel canto trajeron a las mientes del escultor sus andanzas de mozo y la historia de sus amores con la gentil aragonesa.

Malos tiempos corrían entonces para el joven.

Cierto que tenía girada contra el futuro una letra de gloria y otra de billetes de Banco; pero en su presente sólo había esperanzas y de cuando en cuando algunas pesetas que le proporcionaba, en trueque de figuritas, hechas expreso para

adornar antedormitorios de cortesanas, un comerciante en esta clase de desnudos, junto a quien el Magus de Balzac sería un perfecto Mecenas.

En tal época contaba diecisiete años Rosarito, siendo la más linda modelo que recorría los talleres consagrados de Madrid.

Los maestros se la disputaban, pagando con esplendidez el derecho a reproducir sobre lienzos y barro su cuerpo de línea irreprochable, de blancura sin mácula; su rostro, donde perfección y gracia se fundían para triunfar bajo el palio endrino de una cabellera opulenta.

No obstante producirle su profesión rendimientos, hábiles a una holgada existencia, nunca tenía Ro-

sarito el dinero de sobra. Una sola cosa abundaba en su domicilio: las deudas.

Lo que no invertía en trapos, excursiones y francachelas, se le iba por entre los dedos a puros regalos y limosnas.

Huérfana de padres, se quedó «huérfana del todo»—tal era su decir—a la muerte de una tía anciana que la sostuvo durante su niñez con una mezquina viudedad. Hecha mujer la niña, alivió de miserias a la bondadosa señora, dedicándole buena parte de sus ganancias.

Muerta la viejecita, se hizo más libre el vivir de la moza, siquiera, por firme pragmática de su gusto y de su voluntad, sólo se diese a artistas y, con excepciones contadas, a

artistas principiantes; no vale decir pobres. Si la riqueza, aun en las horas de éxito, no es muy fiel compañera de los verdaderos artistas, la pobreza les acompaña tercamente en el aprendizaje. No más se libran de ella quienes tropezaron con espléndida cuna al abrir los ojos a la luz. En estos nidos áureos se cuecen pocos huevos de artista.

Era lo más extraordinario en los enamoramientos de la Rosarito sin par, que cuando ellos le cogían el corazón, dejaba de acudir a los estudios donde oficiaba de modelo y sólo entregaba las desnudeces de su carne a los pinceles o a los desbastadores del amante en cénit.

—¡Qué sé yo!—solía decir.—Será una tontería;—ni lo niego, ni lo dis-

cuto—pero, cuando me doy a un hombre, cuando soy tan suya, más suya que de sus maridos lo son otras a quienes los curas bendicen antes del «consumatum est», creo que no debo vender mi cuerpo, ni siquiera para solaz del arte. Me parece que realizándolo cometería un adulterio; y los adulterios me asquean; no por nada, porque son cursis y porque no son necesarios. ¿A qué engañar a un hombre con otro, si basta concluir con él e irse con el otro, hasta que el amor o la suerte dispongan?

Miguel vivía entonces, por gracia de un propietario inverosímil, puesto que le toleraba el no pago de cuatro meses de alquiler, en un cochérón de las Ventas. Servíale de estudio el patio, amonterado con cristales; de

salón para recibir, el guadarnés; de armarios de ropa, sin ropa, las pesbreras de la cuadra; de alcoba, comedor y cocina los destinados a uso del cochero por el arquitecto que planeó el inmueble.

—Continúe usted habitando aquí, —le dijo a Miguel el casero— hasta que un alquilador de carruajes o un tratante en caballerías, únicos a quienes puede convenir el inmueble, lo vengán a arrendar. Si ello ocurre, ¿qué hacerle?, tendrá usted que mudarse. En tanto, disfrute de la casa.

—¿Cómo pagar a usted?

—En dinero bien sabemos los dos que no. Haga usted un busto de mi chico y quedamos en paz hasta que salte un inquilino.

—¿Conformes?

—Conformes.

Iban transcurridos diez meses desde aquel contrato verbal y el escultor, libré de apremios caseriles, se defendía hasta el extremo venturoso de no andar desnudo por las calles y poder comer a diario. También, casi a diario, podía mercar tabaco de hebra para el relleno de su pipa; porque Miguel usaba pipa.

La pipa, un flexible de alas muy anchas y una chalina enorme, eran las únicas notas visibles que le diferenciaban de los demás mortales.

Esta opulencia, a la cual ayudaban mucho los encargos del Magus madrileño, concedía a Miguel relativo desahogo para trabajar seriamente. Y a fe que sus obras iban

abriéndole camino en la admiración de sus compañeros y maestros. Proclamábasele indiscutible triunfador en la próxima oposición para las pensiones de Roma. Un bravo escorzo de borracha, expuesto por el super-Magus en el escaparate de su tienda, llamó la atención de las gentes. El tratante vendió el barro a buen precio. De Miguel lo había adquirido por ciento diez pesetas. Las diez pesetas fueron una prodigalidad espontánea del usurero.

—Cuando las cosas están bien, yo llevo al derroche,—dijo el hombre solemnemente, entregando dos duros—sevillano uno de los dos—, a Miguel.

Invitado el joven a una cuchipanda que se celebraba en casa de un

pintor insigne, conoció a Rosarito, que también asistía al convite. Seducido por la gracia, por la originalidad de la modelo, trabó conversación con ella. A los cinco minutos eran amigos íntimos; a los diez estaban en pleno escarceo amoroso.

Rosarito salió del taller con el mozo, cogida fuertemente a su brazo. A un viejo músico que le preguntó: «¿Ya estás presa, nena?» contestóle con altivo descaro. «Del todo compadre. En mí estas cosas se presentan, como los ciclones, de pronto».

El pintor que había preparado la fiesta envolvióse en una gran capa abacial y subiéndose a una tarima bendijo a los amantes.

—*Eros siat vobis!*— salmodio.

—Si te falta dinero para convidarme a cenar,—dijo Rosarito a Miguel—no te preocupes; aún hay en mi bolso unos duros.

—Aquí también los hay—contestó Miguel, sonando los bolsillos de su chaleco. Son residuos de «la borracha». De suerte que podemos cenar. Si yo no tuviese dinero, suprimiríamos la cena. Perdona pero no soy hombre...

—¡Vas a decir una idiotez!—interrumpió Rosario, tapándole la boca con sus manecitas de nácar.—No quiero que la digas. Además, entérate bien, el dinero que hay dentro de mi bolsa está ganado honradamente. También es producto del arte. De modo que sobran tus altiveces. Bueno que las tengas, pero con

oportunidad. En esta ocasión has quedado tan mal como rechazando las ofertas de un compañero.

—Dispensa. Es...

—¡Ea! ¡Ea! ¡A cenar! Y después a tu estudio. Supongo que allí, aunque sea estrechándonos mucho, cabremos los dos.

—Para el amor no hay imposibles.

En el estudio improvisaron nido, como lo improvisan los pájaros errantes donde les sorprende la noche.

II

—¡Pero, hombre, todavía acostado!... ¡Son las once largas!...

Rosarito, envuelta en una bata azul de baño, entró en el dormitorio. Estaba encantadora.

Por las anchas y desprendidas mangas emergían los brazos redondos, de carne blanca y dura, levemente rosada entonces, merced a la frotación de la esponja. El cuello se destacaba sobre la felpa del ropaje, sin que una aspereza o una mácula afeara su voluptuoso dibujo; el pelo,

recogido contra la nuca, barnizado por la humedad, encrespábase al ras de la piel en envidadores rici-
llos. La bata se apretaba sobre las caderas y el talle para abrirse a la media pierna, dejando admirar su contorno y el arco de unos pies estuchados en babuchas de Tafi-
lete.

—¡Vamos! ¡Sacude la pereza!—
gritó, cogiendo el embozo de la sábana y tirando con fuerza de él—. ¡O te levantas inmediatamente, o te dejo sobre los colchones, en camisa, como los peleles de ferial...

—¡Estate quieta, criatura! Al fin y a la postre, si aún estoy en la cama, la culpable eres tú.

—¿Yo?

—Como lo oyes. Pensando en ti dejé correr el tiempo...

—¿También «cobeo» matutino?

—No, hija, no, verdad lisa y llana. Según ascendían a la atmósfera los humos de un cigarrillo que encendí, iban dibujándose en ellos todas las imágenes de nuestro primer idilio amoroso, el que disfrutamos juntos en la casa-cuadra de las Ventas.

—Fué una temporada feliz. Más que tú la recuerdo. Recordándola... ¡Ea, enfúndate en la bata y al baño! Si tan de tu gusto es, allí seguiremos con la evocación del idilio.

No obstante haberse renovado la atmósfera del tocador, ascendían por ella vahos tenues, donde vibraban átomos de esencias y fragancias de femenina carne. Miguel los aspiró con glotonería epicúrea y

dijo, apretando contra su cuerpo el hermoso de Rosarito:

—Así como cada planta tiene su olor, tiene el suyo cada mujer. En este cuarto huele a ti. Te aspiro y, al aspirarte, me cosquillean las narices.

—¡Pues al agua, que está fresquita! Después una ducha, y como nuevo. Báñate, báñate, mientras pongo mi pelo en orden. Te vuelvo la espalda, y el espejo no enfrenta con la bañera; de suerte que el pudor queda a salvo. No disfrutábamos estas comodidades en el «estudio» de las Ventas. Un barreño y ¡gracias!

—Sin embargo, éramos absolutamente dichosos.

—Como dos amantes de novela lo fuimos hasta nuestra separación.

—¡Qué día más triste el en que hube de tomar el tren para Roma!

—¡Muy triste! Pero no había otro remedio. Tenías que estudiar, que hacerte hombre. Contigo no podías llevarme. La pensión era insuficiente al mal vivir de dos personas. Además, en estas peleas, si el dinero anda escaso, toda atención, toda obligación que no sea uno mismo, significan un grave estorbo. ¡Cuánto lloré, cuánto!... «Esto concluyó», dije al arrancar el tren.

—También yo sufrí mucho.

—¡Ah, tú!... Llevabas por delante la esperanza en el éxito y en la gloria. Yo... ¡Si vieras qué sentimientos más extraños fueron desde aquella tarde los míos!

—¡Rosario!...

—Volví a los talleres. ¡Qué remedio! Había que ganarse el pan. Lo gané; pero no al igual de otras veces. Antes me satisfacía «posar». Hasta ayudaba a los artistas, adoptando gestos, actitudes... ¡Y siempre dispuesta a cualquier bromal... Ya, no. Desde que te marchaste, era sobre la tarima algo muerto: así me ponían, así estaba. Soto Vázquez, el viejo músico, idólatra de los «talleres», solía decir de mí, entre burlas y veras: «A esta Magdalena le han crucificado su Cristo».

—¡Pobre Rosarito de mi alma! Yo en tanto...

—Era natural que me olvidases, que no te acordaras de mí.

—¿Olvidarte? Eso nunca. De veras que nunca.

—Pero sí decir: «Ella tiene que buscarse la vida; lejos uno del otro... Vale más romper toda relación. Así me evitaré el ridículo».

—¡Nena!

—Repito que era lógica tu manera de pensar y de proceder. Los hombres siempre ponéis el amor propio por cima del amor. La sospecha de que otro ocupara tu sitio bastaba a justificar tu actitud. Pues mira, te lo he dicho y te lo diré mil veces en verdad: ninguno; tan cierto como que te adoro: ¡ninguno! Sólo al cabo de mucho tiempo, cuando me faltaron por completo tus cartas, cuando el odio a los «talleres»—en ellos te recordaba más y sufría más—se apoderó de mí, acepté las proposiciones del duque, de aquel noble an-

ciano que, tomándome por amante, me trató como a una hija. ¡Dios le tenga en su gloria! Gracias a él y a la fortuna que al morir me legó, pude vivir tranquila, sin miedo a que la miseria me mortificase en la vejez y sin necesidad de vender mi cuerpo a los hombres en clase de modelo o en clase de querida.

—¿Es reproche por mi abandono?

—Es recuerdo filial tributado a la memoria del hombre por cuyas bondades me libré de caer tan bajo, tan bajo, que tú no hubieras podido recogerme. Durante los viajes que hice en su compañía, durante mi existencia a su lado, mejoró mucho mi condición espiritual. Muerto él, hice una vida de absoluto retrai-

miento. Me creía viuda y guardaba mi luto.

—Tan fuera de las gentes andabas, que fué una verdadera casualidad nuestro encuentro.

—No le llamo yo casualidad. Felicidad le llamo; felicidad no interrumpida desde hace año y medio, y que, por mi parte, no se romperá ni se acabará nunca.

—Por la mía tampoco.

—Eso quiero creer. Porque lo creo soy dichosa.

Rosario se dirigió a Miguel, que ya terminaba de vestirse, y cogiendo con sus dos manos la cabeza del escultor, se empinó sobre la punta de los pies y puso en los labios de su amante un largo y apasionado beso.

—Aquí termina el idilio por ahora—exclamó—. Trae que te anude la corbata y vete a almorzar con esos señores. ¿Vendrás tarde?

—En cuanto termine el engorroso almuerzo. Tengo ganas de hacer contigo una excursión. De manera que vendré a buscarte en automóvil; la primera medalla me permite el lujo de alquilarlo. Iremos a Aranjuez, al Escorial, a Toledo... Al sitio que mejor te parezca. Allí, donde digas, haremos noche, y mañana día completo sin estorbos ni estorbadores; un día para nosotros dos solitos. ¿Te parece bien, nena?

—Gracias al ofrecimiento te puedo perdonar la pregunta. ¡Si me parece bien estar sola contigo!... Como yo pudiera, siempre estaríamos así.

No. Estaríamos así con más frecuencia que ahora. Siempre, sería peligroso. Acabaría por cansarte.

—¡Cansarme! En este momento tú eres la que no mereces perdón. Además, desde pasado mañana ya puedes prepararte.

—¿A qué?

—A sufrirme diariamente, a más de las usuales, tres o cuatro horitas. He decidido tomarte de modelo.

—¿Para qué?

—Para una estatua que se me ha ocurrido modelar hace unos minutos, cuando te apartaste de mí, luego de besarme en la boca y te dejaste caer en ese diván, donde permaneces aún, siendo la reproducción fidelísima, sólo que con brazos, de la imagen soberana de Milo. «Mi

Venus» titularé la estatua, y la modelaré burlándome del clasicismo, trayéndola a los tiempos actuales, materializándola tal como tú te ofreces en este momento a mis ojos. ¡Ya verás!... ¡Ya verás!...

—Anda, loco de mi vida, anda. Baja de las nubes y vete a buscar al ministro.

—No será sin darte otro beso.

—Tenlo y hasta pronto.

Rosario acompañó a Miguel para despedirle en la puerta; asomóse al balcón después; siguió al artista con los ojos hasta que éste dobló la esquina y quedó luego de espaldas a la calle, escorzada la cabeza gentil y puestos los ojos en interrogación sobre los limpios azules del espacio.

III

Miguel había trazado al carbón el busto de la estatua que, con el título de «Mi Venus», quería ofrendar a Rosario.

Tenía propósito de que la estatua apareciese, como figura principal en la exposición próxima, donde acudiría el artista demandando la medalla de honor.

—En tres años puede hacerse mucho—decía Cienfuegos cuando conversaba con Rosario. Lo haré y, o poco me ayuda la suerte, o me

«calzo» la medalla por unanimidad.

—¡Quién lo duda!

—Espero triunfar, Rosario de mis ojos; pero el eje de mi triunfo has de serlo tú; tú, reproducida fielmente, con toda tu hermosura y con toda tu gracia, en un mármol de entonaciones ambarinas. ¡Ah mi Venus, es decir, tú!... Ni la «manca» te supera en belleza.

—¡Tonto, más que tonto!

—Ya verás. ¡Lástima que no se conozcan procedimientos para inyectar en el mármol ácidos, jugos... ¡qué sé yo!... Algo por cuyo influjo el mármol tomara la coloración de la carne con sus múltiples y armónicos matices. Si esto fuera así, los escultores superaríamos a los pinto-

res. Daríamos lo que ellos nunca pueden dar plenamente: el contorno, la masa total de la imagen, y tendríamos el color que ahora en nuestras obras no existe. ¿Pintar las imágenes? Ya lo hicieron los maestros de la iconografía católica; pero no es eso. El color, aplicado en tal forma, no es carne, es barniz.

—Cierto que tal parece.

—Yo quisiera un procedimiento que diese a la piel su divina realidad, sus tonos, dorados aquí, allá verdosos, más allá rojizos, como iluminados por el fuego de una hoguera interior; algo que tuviera en este sitio resplandores de nácar, en aquél palideces de marfil viejo... Otra fábula de Pimaglione. Una locura, vamos.

—Ensoñar no es enloquecer.

—No es tampoco realizar. ¡En fin!.. Te juro que mi Venus, dentro de los medios de ejecución, hoy a mis alcances, ha de ser una obra personal, originalísima. Puede que los académicos y los clasicistas me pongan como un trapo. Después de todo poco importa.

—El boceto es precioso.

—Por lo menos no huele a rancio. ¡Basta de Venus clásicas y basta de católicas vírgenes! Recojamos en las primeras la pureza de líneas, la honrada sencillez del dibujo; en las segundas la espiritualidad, la expresión arrobada y mística; pero hagamos el hoy para legárselo al mañana, como el ayer nos fué legado. No seamos imitadores, seamos creado-

res; llevemós a nuestros barro, a nuestros mármoles los modelos vivos que nos ofrece la naturaleza. Los ojos de mi espíritu no pueden ver a Venus saliendo de una concha de nácar; la ven, como al salir del baño te han sorprendido a ti: con la bata de felpa abriéndose a lo ancho del busto, bajo tu garganta de Niobe, sobre tus senos duros, enjoyecidos por el coral de sus botones. Marfil son tus senos entre los arabescos y repujaduras del tejido. Tal que dos heraldos de amor surgen tus brazos por el descuelgue de las mangas. Dóblase contra tu nuca el uno, descubriendo los caracolillos del sobaco; se contrae la mano del otro en tu cintura para repretar contra tus caderas y tus muslos la tela que

cae sobre tus pies, fruciéndose, como si quisiera besarlos. ¡Ya verás, ya verás! El dibujo es sólo un apunte. Cuando mi cincel ataque de cara a cara el mármol, éste se prestará a la modelación de mi criatura lo mismo que el barro paradisíaco a la formación de aquella Eva que, si fué la primera mujer, fué la primera Venus.

—¡Admirable, chico! ¡Has hecho un párrafo digno de Castelar!

—Todos seríamos grandes oradores si pusiéramos el alma en la boca. Ahora la he puesto yo. ¡Calcúlate si la habré puesto! Hablaba de lo que más quiero en el mundo, de ti y de mi arte.

—Di «de mi arte y de ti». Tal es, dado caso que me quieras según lo

dices, el orden que guardan en tu corazón esos dos afectos.

—Rosario...

—Así es y así debe ser, Miguel mío. Artista que no ponga su arte por encima de todo, no será gran artista nunca. ¡Necia y pobre mujer la que, no comprendiéndolo, aspire a conseguir el primer lugar. Si lo consigue mata al artista. Si no lo consigue... ¡desventurados de él y de ella!

Conforme a esta creencia había organizado y reglamentado Rosario su vida con Miguel. Más atenta al artista que al hombre, dió el primer lugar en su casa y en sus manifestaciones afectivas a todo cuanto el artista en sus caprichos, gustos y ensoñaciones pudiera desear o exi-

gir. Hasta las horas más íntimas de amor las rodeaba de un ambiente romántico, donde las realidades llegaban a parecer quimeras y las quimeras sabían convertirse en realidades.

Miguel y Rosario no vivían, en la apariencia, juntos. El ocupaba en el barrio de Argüelles un magnífico estudio; ella, en la Castellana, un elegante hotel. Así arreglaron su existencia para que el artista llevara la suya con absoluta libertad y dispusiera de local hábil a modelos encopetados y pudibundos, a compradores y amigos de escasa intimidad. No era conveniente que el escultor hiciese vida marital con la ex-manceba del anciano aristócrata. Cierta clase de público transige con

las trasgresiones hipócritas de la ley y de la costumbre; pero abomina de quien las arrostra con sinceridad.

Cienfuegos las hubiese arrostrado, no tanto por firme despreocupación como por pereza en fingir. Rosario, más práctica, celosa del bien de su amante, al punto de sacrificarle sin vacilaciones el suyo, fué quien propuso la separación aparente.

—Mira, Miguel, le dijo: que sepan los demás que eres mío me trae sin cuidado. Lo que me interesa es saber yo que lo eres. Lo sé. De modo que, para los curiosos, en tu casa tú y yo en la mía. Para nosotros, a vivir juntitos en este hotel, donde, queriéndome unas miajas, nada echarás de menos.

Cumpliendo este programa había

33327

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

transformado en estudio las principales habitaciones, decorándolas con arreglo a los gustos y necesidades de Miguel. Nada faltaba allí: ni la modelo. Recordando su antiguo oficio, «posaba» para el escultor la encantadora aragonesa, renovando el pasado entero hasta con su conversación desgarrada y con sus chistes pícaros. La gran señora, en que el trato del duque, ayudado por el talento natural de Rosario, había convertido a ésta, se borraba al llegar aquellos instantes, siquiera reapareciese después para mayor y más noble encanto del artista.

Nada podía echar éste de menos en el domicilio de su amada. Como solía decir él mismo, provocando las risas de ella:

—Somos tan felices como Adán y Eva en el Paraíso, teniendo en favor nuestro que nos podemos atracar de manzana sin temor a los ángeles exterminadores.